



Un elemento importante de la música hip hop que todavía valoro enormemente es su naturalidad. Esa capacidad de adaptarse al entorno que lo acoge, mezclarse con él y convertirse así en un nuevo altavoz de protesta, aspiraciones o sencillamente reflexiones de la gente allí donde se instala. Es ese uno de los rasgos que, 20 años largos después, todavía me cautiva de este movimiento. Y por supuesto, me alegra y tranquiliza comprobar el resultado de esa manifestación en artistas como Kumar. “Hay muchos que pintan bonito y realmente no son sinceros”. Así se despacha el cubano en los primeros metrajes de esta *Película de Barrio* con bastante razón. Un filme que tiene todos los ingredientes para tenerme pegado a la butaca, entre tantos artistas a los que se les llena la boca hablando de música urbana y evolución, cuando deberían hablar, directamente, de oportunismo. Entre tantos fuegos artificiales y tan poco fuego con munición real.

Lo que trae Kumar viene respaldado por los callos y cicatrices que dan el forjado en el marginal barrio de Mantilla, en la periferia de la desconchada ciudad de La Habana. Dicho esto, a más de uno conocedor del entorno le valdrá este dato para tomarse en serio la peli del MC. Pero no os conforméis, que ya son muchos los que atesoran experiencias, pero no todos son capaces de musicarlas, darlas forma a golpe de papel y boli. Kumar se maneja con jerga vacilona envuelta en su cálido y nativo acento. Pero a diferencia de otros, no es jerga vacía ni rima por el verbo. No intenta aparentar lo que no es, y por único padrino tiene a la vida, esa que le ha llevado a cruzar un charco que separa La Habana a Barcelona, con hatillo como equipaje lleno de jazz, mambo y músicas de su tierra. Kumar está calado hasta los huesos de músicas, músicos y eso se nota. Sobre esos estilos se revuelven historias de vital resistencia, reflexiones de personajes errabundos, inevitables desamores, agudos paseos urbanos... pero también sabe dar tregua al, a veces vodevil a veces drama que es la vida, para que hacer sitio al baile, la fiesta, la risa y la sonrisa. Y todo ello con el hip hop como vehículo vital. ¡Faltaría!

Estoy seguro de que para rodar una película así el MC no habrá pedido silencio, como manda la tradición, sino todo el ruido posible... Y es que sólo la algarabía de una urbe hace realidad largometrajes como este. Así que, sin más preámbulos ¡motor, luces, cámara! ¡Acción!